

RECUERDOS DE MI INFANCIA EN LA PEÑA BOLÍSTICA

Joaquín Díaz Rodríguez

Aficionado; Presidente de la Asociación Cantabra de Psicología del Deporte

Mi primer contacto y mi primer recuerdo del juego de los bolos están inexorablemente unidos a La Bolística. No podía ser de otra manera. Nací en la calle Confianza número 4, a escasos 50 metros de la bolera, en la planta baja de la casa de mi abuelo Guillermo, desde donde se oían caer los bolos y los aplausos del público cuando había buena jugada.

La mayoría de los niños nacidos a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta del siglo pasado en el entorno de la Bolística -es decir, en la Plaza del Grano, el Zapatón, barrio de San José, el Cuartel Viejo (que fue casa palacio del General Castañeda, Conde de Udías)- tuvimos como eje de nuestros juegos infantiles la bolera. Era inevitable que todos aquellos niños jugáramos a los bolos de forma natural. Unos con mayor habilidad y otros con menos, pero todos jugábamos. Otro rasgo común era que la mayoría íbamos al colegio Menéndez Pelayo.

La rutina consistía en salir de la escuela a las cinco de la tarde, coger el bocadillo e ir corriendo a la bolera. En invierno, a jugar al escondite, con las gradas de tablonos como perfecto cobijo. En verano, a jugar y ver bolos porque en aquellos años de infancia y pubertad solo se jugaba a los bolos en verano.

Como la mayoría de los niños, jugábamos a los bolos con piedras de río y botes de tomate. Había que coger los cantos de río bien redondos y de un buen peso. Junto a la bolera estaba la cárcel y allí, en un pequeño espacio junto de la puerta de la cárcel, había un pequeño espacio de tierra en la que los niños emulábamos a nuestros jugadores favoritos. Cada poco había que reponer los botes pues se abollaban enseguida. El emboque solía ser un bote más pequeño, un bote de guisantes

Creo que a cosas como estas se refería "Armando Pulgar", que era como firmaba sus artículos de bolos el inolvidable escritor costumbrista Antonio Bartolomé, cuando escribió: "Torrela-

vega fue siempre bolística, lo es y lo será. Lo llevamos en la sangre, adherida a los glóbulos rojos como llevamos a la patria chica, siempre hubo a la orilla del Besaya grandes jugadores, grandes campeones"

Parfraseando a Antonio Machado, mi infancia son recuerdos de una bolera en la que vi jugar a grandes jugadores y conocí a estupendos aficionados y directivos, en la que compartí muchas horas de juego con amigos y convecinos. Siempre vienen a mi memoria dos personajes inseparables a mi afición a los bolos y a mi formación bolística: Severino Prieto y Fidel Linares.

Severino Prieto llegaba a la bolera, a menudo calzando albarcas, finalizada su jornada laboral en la General, y los niños esperábamos ansiosos su llegada porque era el momento en que podíamos comenzar a jugar, ya que era él quien custodiaba las llaves de la caseta donde se guardaban los bolos y las bolas. En ocasiones, su hijo Ceci tenía la llave de la caseta y podíamos adelantar el juego. La rutina prácticamente era siempre la misma: si queríamos jugar lo primero era "arreglar" la bolera. Decía "cuanto mejor este arreglada la caja mejor se jugará". Para ello, había que sacar el rastrillo, el badillo, la pala y la criba. Lo primero era limpiar de hojas toda la bolera, mientras él se encargaba de la caja con la ayuda de algunos niños. Rastrillaba las zonas del tiro y birla y después, con un caldero con agua y ayudándose de la mano, mojaba un poco la tierra removida y con el badillo la volvía a colocar y alisar. Después, como lluvia fina, regaba suavemente la bolera completa, tiro y birla. Era un espectáculo. Una vez preparada la bolera se sacaban los bolos y las bolas y se organizaba el juego.

Con Severino aprendí que es más divertido el juego si se organiza bien y se juega con la bolera en buenas condiciones. Había que ser disciplinado para disfrutar mejor. En el juego se preocupaba de que cada uno tirara las bolas que mejor manejaba, sin forzar pesos y tiros. Jugábamos individual y por parejas, y generalmente no hacíamos concursos, sino que jugábamos partidas al mejor de tres chicos.



Bolera Carmelo A. Sierra, años setenta

En el turno de armar siempre había que eliminar el golpe pasando el pie sobre la marca y después, antes de armar el bolo, había que cogerlo por la parte superior, limpiar la estaca y golpear fuerte para que sonara y quedara el bolo bien armado. Todo un aprendizaje que siempre que juego a los bolos hago de manera automática. Recuerdo a un pinche que estuvo muchos años en la Bolística, se llamaba Sito. Le apodábamos "Pampurria", porque le daban una especie de espasmos que se quedaba ausente. Con el tiempo supimos que podían ser ataques epilépticos. Nunca he visto a nadie armar como él. Era rápido y capaz de coger tres o cuatro bolos entre los dedos, les volteaba y manejaba los bolos con gran maestría.

Evoqué la figura de Sito cuando en mi libro "Historia del concurso de bolos de la Patrona de Torrelavega (1896/1936)", en el concurso del año 1924, apareció quizás la primera reseña periodística a un "armador". El cronista escribió: "actuó de secretario D. Luis Jiménez y el 'ágil' armador fue Dámaso Arpide "Maso" que posteriormente formó parte de la partida que ganó el concurso de la Patrona del año 1929 y jugó el primer Campeonato de España que se celebró en Madrid en 1941, en el que consiguió un meritorio octavo puesto (su hijo Jesús aparece en una de las fotos que ilustran este artículo).

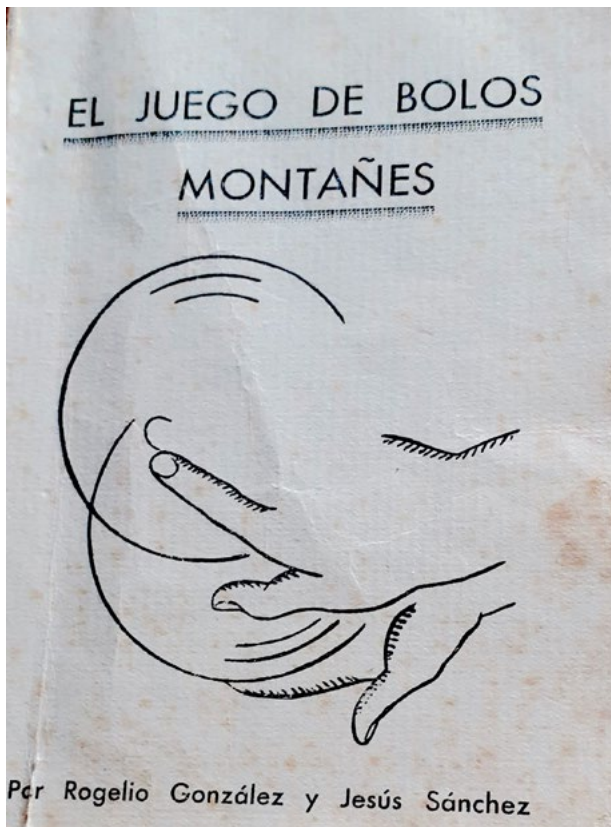
Sirvan estas líneas como homenaje a todos los armadores o "pinches" de todos los tiempos, que han permitido que se puedan jugar concursos y competiciones con comodidad. El pinche es una figura clave e imprescindible en el deporte de los bolos, como lo es el caddie en el deporte del golf. De hecho, la tarea del pinche ha aportado una frase famosa en el argot bolístico. Al grito de "¿pinche qué número hay?", los jugadores que llegaban a la bolera con intención de jugar deseaban conocer cuántos jugadores había delante de ellos. Muchos de

esos "pinches" llegaron a ser muy buenos jugadores. De hecho, los aficionados más ortodoxos dicen que para jugar bien a los bolos hay que haber sido "pinche".

El juego de los niños terminaba cuando se acercaban los mayores a jugar (todavía no se decía a entrenar). En aquellos años jugaban en la Peña Mauricio Hidalgo, Virgilio Quintana, Benito, Ramiro, Chuchi Alonso... y Fidel Linares. Cuando aparecían por la bolera sabíamos que teníamos que hacer de pinches. Algunos salían corriendo pues las próximas dos o tres horas serían de no parar de armar bolos. Fidel Linares era muy joven y llegaba a la bolera después de su trabajo en Sniace. Con sus gafas de intelectual no parecía un jugador de bolos al uso. Era la gran esperanza de la Peña. En 1959 -yo tenía 7 años- ganó su primer concurso de la Patrona y en el 1962 y 1964 fue campeón de España individual. Más tarde, aparecían por la bolera más directivos, entre ellos Fidel Linares padre, Cianca, Valentín, Rufino, Ovejero o Marcos.



Escuela de Bolos de Severino Prieto



Manual de juego de los Zurdos

El único directivo que no llegaba sino que ya estaba en la bolera, aparte de Severino, era Hipólito "Poli", que siempre era el primero en llegar y ver el juego de los niños. Le recuerdo vivamente, bajito y con gafas, ya mayor. Siempre sentado frente a la caja y junto a uno de los grandes plátanos que daban sombra

a la bolera. Después en la remodelación de los años ochenta se derribaron varios árboles, entre ellos aquel en que el directivo "Poli" pasaba varias horas sentado viendo jugar a los bolos. Con estos derribos, la bolera que siempre fue de sombra, se convirtió en bolera soleada. También cambiaron la orientación de tiros y birle y la estrecharon en el tiro. Precisamente en esa zona, hoy estrecha de tiro pero antes de un birle ancho, largo y complicado, me viene una imagen, que supongo que llamó mucho la atención a mis ojos infantiles, pues la recuerdo mucho. Una tarde a última hora, habían pasado todas las bolas que estaban en el "tiro" hacia la zona del pico del "tablón" del birle a la mano, para que Linares practicara el birle desde esa difícil posición. Allí recuerdo a su padre Fidel Linares y a Severino, entre otros, dando indicaciones al joven Linares. Se hacía de noche y se encendía una bombilla con una tulipa sobre la caja y los bolos. Lo recuerdo tan nítidamente porque yo fue el pinche esa tarde.

Otros grandes jugadores históricos que pasaban por la bolera y hacían tertulia en sus gradas aquellas tardes de mi niñez eran Manuel Gándara o Jesús Sánchez, "El Zurdo de Mazcuerras". Jesús Sánchez vivía al comienzo de la Avda. de Fernández Vallejo, en un chalet que tenía una bolera. Su hijo, "Turro", que también frecuentaba la Bolística, invitaba algunas tardes a amigos a jugar en aquella bolera bajo la atenta mirada de su padre que siempre daba algunos consejos de cómo jugar. Jesús Sánchez era maestro y junto con el otro gran zurdo, Rogelio González, escribió en el año 1936 el primer tratado de bolos: "El juego de bolos Montañeses" que, entre otros fines, pretendía "facilitar en lo posible por medio de reglas a seguir, deducidas de nuestra experiencia, la formación de jugadores para: (a) el encauzamiento de los niños, (b) la autoafirmación los neófitos adultos y (c) el perfeccionamiento de los iniciados".



Fidel Linares birlando



Equipo de la Peña que ganó la primera liga, 1969, y a los pentacampeones de Las Higueras: Benito, Marcos, Chuchi, Severino, Ventisca y Linares

Por la Bolística vieron mis ojos infantiles pasar todas las grandes figuras de la época. A los jugadores de la Peña de las Higueras, formada por Ramiro González, Joaquín Salas, Modesto Cabello y Manuel Escalante (La Partidona), a Rilo, sobrino de Rogelio González, que durante unos años jugó de pareja con Fidel Linares. A jugadores como Sousa, Chuchi Alonso, El Belga, Benito... También esperaba con expectación los partidos contra la gran peña rival de La Carmencita, siempre muy buena partida y con grandes jugadores.

Severino tenía un grupo de muchachos unos años mayores que nosotros, tendrían entre 16 y 19 años. Entre ellos destacaban Pepe Ingelmo, Manolo Ventisca, Severino Prieto (hijo), Jesús Arpide (Maso), José Ángel Martínez, Luis César de Miguel, Lili Mallavia, Vicente Sámano, Vicente Barrio o Rafael Marcos. Algunos llegaron a jugar en el equipo de la Bolística y de la Mallavia y fueron grandes campeones como Pepe Ingelmo, Rafael Marcos, "El chaval de Bostronizo" o Manolo Ventisca. Otros formaron, ya de adultos, juntas directivas de la Peña. Pepe Ingelmo en sus últimos años fue presidente y sacó a la Bolística de una de sus crisis. Le acompañaron en la directiva algunos de los muchachos que aparecen en la foto, como Vicente Gómez Barrio. Hoy preside la Peña Decana de Cantabria su hijo Edu Ingelmo, apostando por jugadores jóvenes y con mucha proyección para formar la partida.

Repaso con mucha emoción la primera y única vez que jugué el concurso de La Patrona. Fue en la Mallavia, en la bolera de niños que había debajo de la grande, de la Catedral. Era un día soleado y fuimos varios de aquellos niños que jugábamos

en la Bolística. Íbamos nerviosos e ilusionados. Allí estaba Forín Mallavia que era el que arreglaba la bolera y llevaba el número de bolos. Recuerdo los nervios de la espera para que Forín arreglara la bolera y el turno de tiro. No me clasificué, pero no recuerdo que me afectara. Jugar el concurso ya era todo un premio.

También me viene a la memoria la escena de los jugadores de La Peña cuando se desplazaban para jugar la liga o tirar concursos. Hay una imagen de dos jugadores, cuyo nombre y destino no recuerdo, tratando de llevar las bolas en un saco de arpillera, en una moto Vespa. ¿Por qué recordaré esta escena tan claramente? Sería por lo curioso y la dificultad que suponía la empresa. La memoria de los niños es todo un misterio. Un misterio por qué recordamos esto y aquello y no otros recuerdos, imágenes, sonidos o sensaciones. Quizás se recuerdan aquellas experiencias que en aquellos momentos fueron significativas y quedaron grabadas en nuestra memoria e iban a ser trascendentes en nuestra formación, en nuestra forma de ser y de vivir. Recordamos muy poco de lo que vivimos. El olvido es la norma. Por supuesto, aquellos años tuvieron una extraordinaria trascendencia en mi vida. Quién me iba a decir que más de medio siglo después iba a escribir libros y trabajos sobre nuestro querido juego de los bolos. Pido disculpas a aquellos que no he podido recordar y citar en estas páginas, pero que están en mi memoria y en mi vida.

Muchas gracias a Juan Francisco Quevedo por permitirme poner en papel estos momentos de mi niñez que me han trasladado durante unas horas a mi segunda infancia y pubertad.



Presidencia en una competición